

# EL YAYO JUAN



## EL YAYO JUAN

Alto, enjuto de carnes, con la piel curtida por el sol y el salitre del mar, espalda algo arqueada por el peso de más de 50 años de trabajo casi siempre en posiciones forzadas, cabeza pequeña jalonada por una boina negra que sólo se quitaba para sustituirla por el gorro de dormir y una endiablada habilidad para conjugar una permanente sonrisa con un pitillo entre los labios.

El Yayo Juan empezó a trabajar siendo aun un niño principios de los años 20 en una España subdesarrollada donde la explotación infantil era de imperiosa necesidad para el sustento familiar, una verdadera lástima porque el Yayo Juan poseía un talento indiscutible que hubiera podido desarrollar en beneficio de la humanidad de haber vivido en la actualidad, sinceramente creo que era una de esas personas a las que las condiciones adversas de la vida privó de beneficiarse de su indiscutible talento.

De ideas de izquierda en la guerra civil le tocó defender la legalidad de la República, aunque nunca disparó un arma estuvo en todos los destinos, siendo hecho prisionero en el frente de Teruel, donde gracias a su temperamento jovial y dicharachero se granjeó la simpatía de sus captores, aunque no por ello evitó pasar por las penalidades de un cautiverio.

Después de la guerra decidió que su vida estaba en el mar y embarcó en todo tipo de pesqueros y desempeñó los más diversos empleos a bordo de ellos, y a pesar de su escasa formación académica sus aptitudes naturales le valieron para hacerse con el título de motorista de 1ª en muy poco tiempo y en pocos años se convirtió en uno de los mas expertos profesionales de la materia hasta el punto de que los motores

Semidiesel de los pesqueros de la época no tenían ningún secreto para él.

Muy pronto su empleo se le quedó pequeño y quiso ser Armador para tener su propio barco de pesca, pero eran tiempos difíciles para conseguir tal empresa en solitario, pero el Yayo era un hombre de temperamento y muy constante en sus propósitos por lo que se buscó un socio y pronto tuvo su propio barco.

Con su barco y su alias, (El Roch de la Cala, por su pelo rubio y su lugar de residencia), recorrió la costa Mediterránea del Levante, Sur Español y la costa Africana del Protectorado, e incluso hizo su incursión en el Atlántico desde la base de Algeciras.

El Yayo Juan conoció y superó todas las vicisitudes propias de un pescador, bonanza de capturas, tardes de desesperanza por ausencia de pesca, encuentros desagradables con patrulleras de pesca e Inspectores de Marina, problemas con las tripulaciones, Comandancia de Marina, asentadores de pescados y los típicos pícaros que trataban de aprovecharse de circunstancias adversas.

También aguantó estoicamente el sol de justicia de los tórridos veranos, la lluvia y el viento del otoño y el frío del invierno sin otro refugio que el socaire de un pequeño puente de mando de apenas dos metros cuadrados y sobre todo los peligrosos temporales que a otros compañeros les costó el naufragio y la vida.

Pero a pesar de todo ello el Yayo Juan jamás perdió su buen humor y todo lo terminaba con una sonrisa entre los labios aún en la peor de las adversidades, por eso no tenía enemigos y resultaba imposible discutir con él.

Hubo una época en que la pesca escaseó y se vio obligado a cambiar de residencia hacia el sur, pero la ausencia de su entorno familiar y los malos resultados en la

pesca, junto con la mala alimentación por las comidas a bordo del barco, siempre a destiempo y mal preparadas, mermaron su salud.

Por aquella época sus hijos ya habían enfocado su porvenir y su hija le había dado dos nietos por lo que decidió que ya era hora de dejar de lado los problemas que acarreaba ser Armador de un barco de pesca que por otro lado empezaba a no ser rentable ya que con los años las averías se repetían constantemente.

El momento era ideal para vender el pesquero y embarcar como motorista en un barco local que le permitiera cuando menos disfrutar los fines de semana del entorno familiar mientras esperaba la llegada de su cercana jubilación.

La época de Armador hizo que no pudiera prestar toda su atención a la máquina del barco, cosa que le costó algún que otro percance, pero ahora volvía a ser el motorista de antaño dedicado plenamente a su profesión.

Daba gusto bajar a sus dominios en la sala de máquinas y verle vigilando continuamente todos y cada uno de los movimientos del motor, con un pedazo de estopa en la mano que pasaba constantemente por todos los sitios hasta tal punto que toda la estancia, motor incluido relucía como si terminaran de abrillantarlo, allí se podía bajar trajeado sin temor de mancharse.

La jubilación fue para el Yayo Juan como una segunda oportunidad, o mejor dicho fue la oportunidad de vivir su vida, de empezar una existencia totalmente suya, independiente y libre de las adversidades que hasta ahora la habían marcado de forma implacable.

Empezó por recuperar su aspecto físico, por dormir todas las noches en su cama con sábanas blancas y limpias, sin olor a gasoil y al lado de su esposa.

Y se dedicó a compartir las horas del día entre dos ocupaciones, una era la tertulia con un grupo de amigos del que siempre fue "alma mater" y en donde diariamente trataban sin conseguirlo de arreglar el mundo, y casi siempre era el conductor de los temas de mas actualidad, porque por las noches al llegar a casa se tragaba todos los programas de debate y entre lo que escuchaba y añadía el tema para el día siguiente estaba servido.

La otra afición, por llamarlo de alguna manera, fue la de convertir un pequeño terreno que había adquirido años antes y que no era otra cosa que un terraplén lleno de rocas entre un camino vecinal y un canal de riego, en algo donde la familia pudiera evadirse del bullicio ciudadano los fines de semana y al mismo tiempo habilitar un par de bancales donde plantar algunos frutales y hortalizas, donde inicialmente solo había tres almendros viejos, una higuera, un pequeño pino y dos algarrobos.

La tarea no fue fácil, pero el tesón que le había caracterizado en su vida profesional seguía intacto, se sentía joven hasta el punto que nunca le gustó eso de ser abuelo y prefirió que sus nietos le llamaran Yayo, y poco a poco pero no sin esfuerzo convirtió su sueño en realidad, yo solía ayudarle durante los veranos y me maravillaba ver como aquellas enormes rocas se resquebrajaban por el efecto de los certeros golpes de mazo que el Yayo les aplicaba en el punto preciso, y en verdad que para ello no utilizaba la fuerza sino la experiencia, se notaba que no era la primera vez que realizaba esta tarea.

En poco tiempo todo estaba tal cual lo había pensado pero quedaba un detalle para que todo fuera perfecto porque a pesar de tener un canal discurriendo junto al terreno el nivel estaba en un plano inferior y el riego tenía que realizarse a mano con unos baldes.

Al verano siguiente construimos una balsa de 75 metros cúbicos donde poder almacenar el agua sobrante del riego de la finca vecina situada en un nivel superior y aquella ladera rocosa quedó convertida en el rincón donde el Yayo invertía gran parte de ese tiempo que los jubilados emplean en calentar los bancos del parque con sus traseros.

Durante las vacaciones al Yayo Juan le encantaba llevar a sus nietos a pasar la mañana a la "**caseta**", como él solía llamarla, y aunque a la vuelta siempre decía que no volvía a ir con ellos ni loco por las barrabasadas que habían hecho, el enfado sólo le duraba hasta el día siguiente que volvía a repetir.

Porque vuelvo a repetir que el Yayo tenía un carácter tan alegre que resultaba muy difícil ponerle de mal humor y si alguna vez alguien lo conseguía el simple vuelo de una mosca era motivo suficiente para hacerle volver a su estado alegre.

Se reía de todo, hasta de su sombra, recuerdo que en una ocasión que visitó a sus nietos en el País Vasco, donde por su afición a las boinas quiso llevarse una chapela como recuerdo y como la diferencia de talla de su cabeza con respecto a los vascos era tanta tuvo que comprarla en la sección de niños.

Cualquier otra persona hubiera ocultado este detalle por simple sentido del ridículo, pero él lo contaba cada vez que se le presentaba la ocasión y era el que más se reía con la anécdota.

Parece como si estuviera describiendo al hombre perfecto pero nada más lejos de mi intención, estoy recordando a un hombre tal y como era porque también tenía sus cosas y una de ellas era la adicción al tabaco hasta tal punto que a pesar de levantarse con una prolongada tos el pitillo era su primer complemento después del desayuno.

También era un poco cascarrabias en casa sobre todo a la hora de la comida, por lo que casi siempre comía solo y luego el cigarrillo y una larga siesta, ni lo uno ni lo otro perdonaba nunca.

Otro lado negativo, si así se puede llamar, era sus ideas radicales de izquierdas a pesar de que las derechas de la dictadura le abrieron todas las puertas en su profesión y en su vida familiar, porque en realidad una cosa era sus ideas que solo practicaba de palabra y otra su forma de vida donde se comportaba como cualquier aburguesado de clase media.

El nacimiento de dos nuevos nietos, niña y niño, colmó el último tramo de su vida, pero el tabaco seguía haciendo estragos en su salud sin que él quisiera reconocerlo o si realmente estaba convencido parecía no importarle, seguramente pensaría que el riesgo merecía la pena por el placer que le proporcionaba inhalar el humo de aquellos pitillos.

El Yayo Juan murió igual que había vivido, a su aire y sin causar molestias a nadie, una angina de pecho puso fin a su vida en un instante mientras sentado en la cama conversaba con su cuñado, pero en realidad su muerte no significó un adiós sino hasta siempre y por eso nosotros te decimos:

**¡ADIOS YAYO JUAN HASTA SIEMPRE!**